

POESIA Y SILENCIO EN JUAN RAMON JIMENEZ

(Aproximación al decir poético)

ANTONIO GUTIÉRREZ POZO
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

No sólo somos poetas; también hablamos sobre la poesía y buscamos su esencia. Todas las respuestas, desde considerarla como un conocimiento del mundo hasta tenerla por creadora de un orbe de belleza, previa aniquilación de la realidad, pasando por la posibilidad de que sea una interpretación ultra-real del mundo, todas, merodean alrededor de la esencia de la poesía, del origen del poetizar que sucede de nuevo en todo gran poeta. Con el auxilio de dos pensamientos arraigados en la poesía -notoriamente reconocido en el caso de Heidegger e injustamente desapercibido en el de Ortega-, procuraremos aproximarnos a la verdad originaria del poetizar que resplandece en los versos de Juan Ramón Jiménez.

Pero el acercamiento es ya de por sí problemático. La crítica que Heidegger y Gadamer han realizado de la metafísica y especialmente de la modernidad, como máximo despliegue de la esencia de la propia metafísica, afecta básicamente a su método, a su modo de llegar a la cosa. Tenía razón Nietzsche y

lo que caracteriza al siglo XIX no es la ciencia sino la victoria del método científico sobre la ciencia¹.

La metafísica, impulsada desde Platón por un insaciable apetito de realidad, de presencia, ha desarrollado una falta de delicadeza ante las distancias que, en su afán de tener la cosa delante, se ha consumado en la técnica con la desaparición de todo rastro originario de la propia cosa. Desde el origen de la metafísica hasta la civilización

1. F. NIETZSCHE, *La voluntad de dominio*, (trad. de E. Ovejero), Aguilar, Buenos Aires, 1947, Vol. IX, § 465, pág. 301.

superindustrializada hemos recorrido un camino en el que se ha 'puesto/requerido' (*gestellt*) a la realidad a estar presente. Este requerir ha alcanzado su más alta cota en la violenta provocación a que ha sido sometida la naturaleza por el 'aparato impositivo' de la técnica (*Gestell*)². El calcular dominador del *Gestell* objetiva la realidad y la pone a nuestra disposición pero elimina la experiencia originales de las cosas, se ciega ante «el esplendor de lo sencillo»³. Aproximarse a algo es recorrer el camino que nos pone ante ello, pero el hombre moderno, en su precipitado afán de esquivar las distancias y disponer inmediatamente de la cosa, niega el camino y pierde toda posibilidad de proximidad con ella porque olvida el ser⁴.

La voluntad metafísica de acercamiento a la cosa es todo lo contrario de un acercarse. Precisamente, la diferencia entre las anteriores interpretaciones de la poesía no oculta su grado de comunidad metafísica: la conciben como si ya estuviera 'ahí delante', calculada para ser vista. Pero en el imperar la presencia perdemos la cosa. La hermenéutica de Heidegger, en cuanto verdad de la fenomenología⁵, aspira a la cosa misma, no considerada como algo presente sino como lo que continuamente refulge desde la nada, desde la ausencia. Por tanto, no es un método impuesto sobre la cosa, sino, según la exposición de Heidegger y Gadamer, un 'experienciarla' como aquello que nos alcanza y transforma⁶. Sólo si la pregunta por la cosa pregunta realmente y es algo más que meras palabras, lograremos pensar la cosa. No obstante, todavía no preguntamos, no pensamos, porque no ponemos la pregunta ni la experiencia⁷. Nosotros no preguntamos; hemos de esperar a que la cosa nos interpele. Estrictamente, no ponemos el saber, sino que nos viene como un mensaje de lo que queremos conocer. La pregunta, como origen del saber y del pensar, no la decimos; más bien, la oímos. Pero la hermenéutica no convierte al hombre en simple oyente del ser. Para poder oír hemos de «aprender a existir en lo innominado»⁸; esto es, liberarnos de la violenta actitud metafísica decantada en el lenguaje. La hermenéutica sugiere al hombre liberarse de la aparente riqueza del mundo

2. M. HEIDEGGER, «La pregunta por la técnica», (trad. de A. Carpio), *Época*, Barcelona, nº1, 1985, págs 13-19.

3. M. HEIDEGGER, «De la experiencia del pensar», (trad. de J. M. Valverde), *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid, nº 56, 1954, pág. 179.

4. M. HEIDEGGER, «La cosa», (trad. de Sánchez de Zavala), *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid, nº 98, 1958, págs. 136 s. El hombre es el ser des-alejador, pero la tecnológica desaparición de las lejanías no equivale a la proximidad con la cosa, porque el olvido de la distancia supone la transformación de la experiencia de lo que nos es la cosa en lo que nosotros dis-ponemos.

5. M. HEIDEGGER, «De un diálogo acerca del habla» en *De camino al habla*, (trad. de Y. Zimmermann), Ed. del Serbal-Guitard, Barcelona, 1987, pág. 88.

6. H.G. GADAMER, *Verdad y método*, (trad. de A. Agud y R. de Agapito), Sígueme, Salamanca, 1977, págs. 457 s. HEIDEGGER, «La esencia del habla» en *De camino al habla*, pág. 143.

7. HEIDEGGER, *Introducción a la metafísica*, (trad. de E. Estiú), Nova, Buenos Aires, 1980, pág. 47; *¿Qué significa pensar?*, (trad. de H. Kahnemann), Nova, Buenos Aires, 2ª ed., 1964, págs. 9-12.

8. HEIDEGGER, *Carta sobre el humanismo*, Ed. del 80, Buenos Aires, 1985, pág. 71.

metafísico-técnico; principalmente, es renuncia⁹. Esta renuncia no empobrece porque, poniéndonos en «el camino que nos deja llegar a lo que nos de-manda», permite que llegue a nuestros oídos la rica voz de las cosas en su sencillez originaria, desoída por el mundo occidental, pero en la que constantemente somos¹⁰.

No aspiramos a definir la poesía. Ortega distingue la realidad contemplada (extra-ser) de la vivida (intra-ser)¹¹. La definición objetiva ofrece la cosa 'desde fuera', pero el verdadero ser de la cosa es lo que es 'desde dentro'¹². El hablar sobre la poesía dice más allí donde el poetizar y la reflexión sobre el decir poético son una sola cosa. Esto ocurre precisamente en la poesía. La poesía misma no está en sus definiciones sino en su efectivo llevarse a cabo. Por tanto, hemos de prestar oído a su ejecutarse, única vía posible de aproximación a su esencia. Ahora bien, la poesía habla del hombre, del amor, de la libertad..., pero ¿de qué habla siempre la poesía? Para responder a la pregunta puede sernos de gran ayuda la transformación orteguiana del intelectualista *cogito* cartesiano en un *cogito* prerreflexivo, dimensión inherente y esencial de la vida¹³: «El primer atributo de la vida es verse a sí misma»¹⁴. La vida primaria no sólo vive; además se autointerpreta, aunque no intelectualmente. El verse, el saberse, es un 'ser para mí'. Efectivamente, por ejemplo, un dolor que no es para mí no me duele. La realidad dolorosa, el ente 'dolor', me duele, pero además me es presente a la vez doliéndome. A lo largo de todos sus decires sobre esto y lo otro, la poesía se refiere, al tiempo, a sí misma. La poesía, como manifestación de la vida, también se sabe a sí misma de esa forma 'entitativa'. La poesía en su poetizarse se es presente no como un objeto pensado, sino como la misma realidad poética que es. Este saberse de la poesía no es ajeno a su ser: la constituye esencialmente. La poesía se poetiza. Que su 'ser en sí' consista en su 'ser para sí' muestra la originariedad vital de la poesía. En este sentido, recuerda la universalidad con que Hegel caracterizaba la filosofía frente a la anatomía en la que su definición, a diferencia de la filosofía, no forma parte de su propio contenido¹⁵. Esta propiedad del decir poético es una consecuencia de su posición privilegiada respecto de la vida: de todas las actividades culturales es la más cercana a la vida, 'la menos culta'. La poesía es la vida vivida recién expresada, mínimamente interpretada por los conceptos y valores ya establecidos. Se halla en el límite donde termina la vida y se inicia su comentario, la cultura; es casi vida. Dada su proximidad a la vida, la poesía reflexiona sobre sí y simultáneamente sobre la propia vida. Esta duplicación no consiste en una

9. HEIDEGGER, «La voz del camino», (trad. de A. Fuentes), *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid, nº 14, 1950, pág. 214.

10. HEIDEGGER, «La esencia del habla», págs. 170 y 176.

11. J. ORTEGA, *La deshumanización del arte*, Obras Completas, Alianza, Madrid, 1983, vol. III, págs. 362 s; *¿Qué es conocimiento?*, Alianza, Madrid, 1984, págs. 17 s.

12. ORTEGA, *Ensayo de estética a manera de prólogo*, OC., vol. VI, pág. 254.

13. H. LEFEVRE, «Une heure avec José Ortega y Gasset», *Humboldt*, Hamburgo, nº 24, 1965, pág. 93.

14. ORTEGA, *¿Qué es la filosofía?*, OC., vol. VII, pág. 415.

15. G.W.F. HEGEL, *Fenomenología del espíritu*, (trad. de W. Roces), FCE, México, 1981, pág. 7.

simple repetición de la vida en la poesía: ¡bastante tengo con mis tristezas y alegrías, angustias y esperanzas! La reflexión poética es una meditación con una misión esclarecedora; no se contenta con reproducir la vida sino que pretende salvarla, patentizando su sentido previo a toda interpretación. Por esta razón, la obra poética -y en general todo objeto estético- nos place, porque se nos presenta preñada de alusiones a los secretos de la vida humana y de la realidad, porque parece desvelarnos sus intimidades.

Hemos de oír e interpretar el decir sobre sí de la poesía juanramoniana, ya que en toda gran expresión poética se decanta la esencia de la poesía. Escuchemos los versos de Juan Ramón:

Voz mía, canta , canta;
que mientras haya algo
que no hayas dicho tú
tú nada has dicho¹⁶.

Prestemos también atención a este apunte de su obra en prosa:

*¡Señor, que se me olvide hablar!*¹⁷

Como todo decir humano, estos dos textos dicen más en lo que callan. Ambos revelan la esencia de la poesía, pero dado que la palabra del hombre no es autotransparente y no se dice plenamente a sí misma, necesitan comentario, requiere que se diga lo no-dicho. En principio, parecen contradecirse mutuamente: si, como se desprende de los primeros versos, la poesía es el imperio de la palabra, del decir, resulta paradójico que el poeta quiera olvidar el habla, dejar de hablar. Conste que Juan Ramón no aspira simplemente al dejar de hablar cotidiano; para ello se limitaría a callar y no habría necesidad de invocar a lo divino. Pero callar sin más no es su fin: quiere olvidar el habla para no poder hablar. Ruega no por un callar voluntario que estaría en sus manos, sino por un silencio absoluto que es un don divino. El origen de este ansiado silencio nos ayudará a deshacer la aparente contradicción y a esclarecer el poético afán de decirlo todo. Juan Ramón procura el silencio absoluto que le depararía el olvido del habla porque sólo desde él podrá llegar a decir lo que hasta entonces no podía y desconocía. Dejar de hablar, callar, no es suficiente, ya que, recuerda Heidegger, «sólo podemos silenciar lo que sabemos»¹⁸, y el poeta no pretende decir lo que ya conocemos.

16. Juan Ramón JIMENEZ, *Canción* (4; cancioncillas ideales); también en *La obra desnuda*, ed. de A. del Villar, Aldebarán, Sevilla, 1976, pág. 46.

17. J.R. JIMENEZ, *Estética y ética estética*, Aguilar, Madrid, 1967, pág. 256.

18. HEIDEGGER, «La esencia del habla», pág. 164.

Esto que ya sabemos se encuentra acuñado en la lengua que hablamos y en la que nacemos. Ortega la denomina «habla»: es el uso diario de «una lengua en cuanto que está hecha y nos es impuesta por el contorno social»¹⁹. Al aprenderla, aprendemos todo un repertorio de significados acerca del hombre y de lo real, asimilamos una determinada concepción del mundo que va contenida en nuestra lengua materna y sobre la que vivimos. Pero al hablar no inventamos la lengua; usamos la lengua legada por la tradición. Cuando 'hablamos' habla la gente; en ella no nos expresamos realmente nosotros, porque el habla es tópico, lugar común. Con ella nos viene dado un sistema de ideas, valores, sentimientos y actitudes prácticas, un 'mundo' con el que contamos y vivimos, sin reparar casi nunca en él. El lenguaje no agota su ser en lo puramente sensible -signos sonoros o escritos. En palabras de Machado, contiene «significaciones de lo humano (...) elementos ya estructurados por el espíritu»²⁰. Vivimos, queramos o no, en una específica representación del mundo que se encuentra alojada en el habla de la gente. Por eso «el hombre suele vivir intelectualmente a crédito de la sociedad en que vive»²¹. Mientras hablamos no inventamos la lengua; la usamos. La palabra hablada es palabra ya hecha, pero hubo un momento en que todavía no existía y fue creada. Entonces no era habla, no era repetición mecánica sino invención, expresión originaria. Juan Ramón ha llamado 'cantar' a esta operación, y Ortega 'decir'. El hombre dice o canta cuando su perspectiva le ofrece un 'mundo' más profundo que el mundo establecido en el habla, cuando las expresiones del habla no sirven para decir lo que tiene que decir. Todo nuevo decir anuncia un aumento del mundo. De esos momentos creativos quedan las distintas lenguas (habla), como sus restos fosilizados, sobre los cuales los individuos que tienen algo que decir, los 'poetas' (sean pintores, filósofos, matemáticos, etc.), elaboran sus mundos. Esencialmente «no existirían las lenguas si el hombre no fuese constitutivamente el Dicente, esto es, el que tiene cosas que decir»²². La función poética es anterior al habla, a las lenguas históricas, las cuales, según Heidegger, fueron originalmente poesía:

La lengua es la poesía originaria, en la que un pueblo poetiza el ser. Inversamente dicho: la gran poesía, por la que un pueblo entra en la historia, inicia la configuración de su lengua²³.

La poesía desea volver a esos momentos creativos en los que la expresión surge espontáneamente desde dentro, no desde fuera como imitación del habla social. Seme-

19. ORTEGA, *El hombre y la gente*, OC., vol. VII, pág. 248.

20. A. MACHADO, *De un cancionero apócrifo*, Poesías Completas, Espasa-Calpe, Madrid, 5ª ed., 1979, pág. 322.

21. ORTEGA, *El hombre y la gente*, pág. 263.

22. *Ibid.*, pág. 248.

23. HEIDEGGER, *Introducción a la metafísica*, pág. 207.

24. ORTEGA, *Comentario al «Banquete» de Platón*, OC., vol. IX, pág. 751.

jante vuelta no es un cuestión cronológica con la intención de retornar al origen del habla. Se trata de volver a vivir experiencias originarias para poder cantar. Aquí no impera la palabra hecha, sino la creativa y primaria. En el cantar la intimidad se expresa tal como es: puede decirse porque crea su decir. No puede hacerlo cuando vive a costa de un lenguaje que no es suyo, que es de la gente, y que responde a la intimidad que lo creó. El habla no es nuestra. El poeta quiere decir eso que sólo él puede decir, esa nueva porción de realidad que ha entrevisto. Pero la lengua sobre la que vive no le sirve totalmente porque no es suya, sino resultado de otras experiencias. Nunca la lengua dirá exactamente lo que el poeta quiere y al emplearla dará a entender necesariamente más de lo que él se proponía. Hay que olvidar el habla que siempre traiciona lo que queremos decir, porque todo hablar dice mucho más de lo que queremos. Por eso Ortega pudo escribir 'todo decir es exuberante, da entender más de lo que se propone'²⁴. El poeta quiere y necesita olvidar el habla para poder decir lo íntimo. El camino para lograrlo, para poetizar es el silencio absoluto, el olvido del habla que, al imponerme un mundo no me deja ser yo mismo. Juan Ramón confirma que la poesía, máxima elevación de la palabra, comienza siendo pretensión de silencio: «Escribir poesía es aprender a llegar a no escribirla»²⁵. La lengua, dada de antemano, es obstáculo para la poesía que desea ser autotransparente: un decir que se diga a sí mismo.

La poesía necesita del silencio absoluto pero no acaba en él. Requiere el silencio para quebrarlo y poder cantar plenamente. La poesía retorna al inocente recinto del pristino silencio; luego lo rompe con su decir originario. Pero, ¿qué dice en ese canto? Escuchemos a Heidegger:

La palabra no es sólo, ni primariamente, una expresión, oral o escrita, de lo que hay que comunicar (...) la palabra lleva, ante todo, al ente, en cuanto tal, a lo abierto. Donde no es esencialmente ninguna palabra, como en el ser de la piedra, de la planta y del animal, tampoco hay apertura del ente (...) El poetizar es la leyenda (*Sage, Decir*) del desvelamiento del ente²⁶.

Mediante el retorno y la quiebra, la poesía dice el ser de las cosas. Poetizado por Hölderlin:

Pero lo que permanece lo fundan los poetas²⁷.

25. J.R. JIMENEZ, *Estética y ética estética*, pág. 206.

26. HEIDEGGER, «El origen de la obra de arte», (trad. de F. Soler), *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid, nº 27, 1952, págs. 351 s.

27. J.C. HÖLDERLIN, *Was bleibt aber, stiften die Dichter*, Recuerdo (*Andenken*).

Recordemos que *mientras haya algo/ que no hayas dicho tú,/ tú nada has dicho*. Lo no dicho aún, es decir, lo no abierto en su originario ser, pervive bajo la forma del habla histórica. Que falte algo por decir revela que no se ha penetrado en el ámbito del pleno silencio, porque aún no se ha olvidado el habla. Pero en ese caso 'nada se ha dicho'. La exigencia de olvido y silencio absoluto pone de relieve la diferencia entre la fundación poética y científica. Ésta parte de suponer al ser de las cosas como presencia, y nada sabe de la ausencia desde la que únicamente puede poetizar la poesía. La poesía funda/desvela el ser originario de las cosas porque se conduce ante la nada. Esto permite a Heidegger asegurar que «un 'es' se da donde se rompe la palabra»²⁸, ruptura en la que adivinamos la renuncia hemeneútica, el 'paso atrás' a nuestra verdadera esencia como seres interpelados por el ser.

Pero ¿qué significa eso de que la poesía abra el ser y la verdad de las cosas? ¿Acaso no son estas cuestiones lo propio de la ciencia? ¿En qué sentido la poesía funda el ser? Efectivamente, el olmo machadiano, *el olmo viejo, hendido por el rayo/ y en su mitad podrido*, trágico habitante de los campos de Castilla, no nos dice nada del olmo, no aumenta nuestro conocimiento de los olmos. Para saber algo sobre ellos tenemos a la botánica. Pero ésta no nos ofrece el ser originario del olmo, lo que éste nos es antes de las experiencias originales en el que las cosas se nos ofrecen en su sencilla desnudez y sobre el que se levanta todo teorizar posterior, es el *Lebenswelt* husserliano. Su olvido y sustitución en la modernidad por el supuesto verdadero ser de las cosas, constituido por las objetividades de la ciencia, han puesto en crisis a la vida europea²⁹. También según Ortega, «la Edad Moderna se formó en torno a la afirmación fundamental de que nuestra relación primigenia con las cosas es el pensarlas y que, por tanto, las cosas son primordialmente lo que son cuando las pensamos»; pero más adelante aclara que «lo que las cosas son primariamente es lo que son cuando no pensamos en ellas, antes de que pensemos en ellas: lo que son cuando contamos con ellas, esto es, simplemente las vivimos»³⁰. En la pura relación entre hombre y cosa se manifiestan sus más auténticos seres, anteriores a las expresiones 'hombre' y 'cosa' que ya son interpretaciones. Pero si la realidad por excelencia es la realidad vivida, siendo desde sí misma, todo contemplar nos pondrá ante una realidad secundaria. La peculiaridad de la poesía consiste en ser justo el escalón que está por encima de ese ser primero, de la intimidad inviolable de las cosas; es el grado mínimo de reflexión sobre el ser originario, «el objeto estético (poético) es una intimidad en cuanto tal»³¹. La ciencia objetiva esa realidad primigenia y la desrealiza, sustituyéndola por construcciones teóricas. Sólo el arte, cuya esencia es el

28. HEIDEGGER, «La esencia del habla», pág. 194.

29. E. HUSSERL, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, (trad. de J. Muñoz y S. Mas), Crítica, Barcelona, 1991, § 9 h, § 33, págs. 50-53 y 127.

30. ORTEGA, *Lecciones de metafísica*, OC., vol. XII, pág. 66.

31. ORTEGA, *Ensayo de estética a manera de prólogo*, pág. 256.

poetizar, puede ofrecérsola: «El aire que desplaza un cuerpo desnudo de mujer frente a un hombre, ¿qué volumen, qué peso, qué profundidad, qué espesor moral tiene? ¿Lo puede calcular el físico, el filósofo, el historiador? Dilo tú, poeta»³².

La sencilla desnudez de la realidad previa a todo reflexionar y objetivar, surge en la inmediata coexistencia entre 'yo' y 'cosa'³³. La 'cosa misma' se revela en la vida interior e inmediata del poeta, confundida con sus propias emociones. En consecuencia, el poeta al darle nombre a sus sentimientos, da nombre a los de todos; aclarando su intimidad, ilumina la nuestra, abre las realidades objetivas. Desde ese momento su subjetividad o intimidad es al mismo tiempo objetividad. Por eso, la poesía, como potencia especial del decir que casi es el ser mismo en acción, es siempre intimista: «He derramado mi vida en mi obra», confiesa Juan Ramón³⁴. Y en un poema de 1917 exclama: *¡No estás en ti, belleza innúmera! (...) ¡Estás en mí, que te penetro! hasta el fondo!*³⁵. Pero intimismo no es hermetismo. Hermético es el poeta que da nombre a su propia y particular interioridad; el poeta grande al darle nombre a sus 'sentimientos', le da nombre a los de todos. El esencial intimismo poético da nombre a lo que nos son -a todos- las cosas; nombra nuestra intimidad y logra que nos entendamos a nosotros mismos:

¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!
...Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.
Que por mí vayan todos
*los que no las conocen, a las cosas*³⁶.

El poeta, nombrando su intimidad -y eso es la poesía, «anhelo y condena de encontrar a mi expresión su propia palabra»-, nombra la cosa, nos la desvela, manifiesta el ámbito de experiencias originales en el que las cosas se nos ofrecen en su desnudez -razón por la cual «la interior gloria del poeta está en perder su nombre en el de las cosas»³⁷.

La cuestión del silencio absoluto, condición de todo decir, ha resultado ser de lo más elocuente. Pero ya es hora de que regresemos. En la situación de hecho el poeta se ve obligado a decir con la lengua establecida -la de todos- lo que sólo él puede decir. Machado ha expresado esta paradoja: «La palabra es, en parte, un valor de cambio,

32. J.R. JIMENEZ, *La corriente infinita*, Aguilar, Madrid, 1961, págs. 322 s.

33. ORTEGA, *Prólogo para alemanes*, OC., vol. VIII, pág. 51.

34. J.R. JIMENEZ, *Estética y ética estética*, pág. 258.

35. J.R. JIMENEZ, *Piedra y cielo*, III.

36. JIMENEZ, *Eternidades*, III.

37. JIMENEZ, *Crítica paralela*, Narcea, Madrid, 1975, pág. 145.

38. MACHADO, *Idem*.

producto social (...), y el poeta pretende hacer de ella medio expresivo de lo psíquico individual, objeto único»³⁸. Como el joyero deshace la moneda para darle una nueva forma, así también querría fundir la palabra ya hecha para acuñar la suya propia. Pero esta fundición que permitiría al poeta el acceso al silencio y, desde ahí, a las cosas, no es una simple operación física o intelectual. La tarea es difícil y origina un conflicto entre el poeta y la lengua:

No sé con qué decirlo,
porque aún no está hecha
*mi palabra*³⁹.

¡Señor, que se me olvide hablar!. En este ruego manifiesta Juan Ramón la imposibilidad humana de lograrlo. El poeta procura nada menos empezar de cero, pronunciar la primera palabra que «es anterior a todo; es la acción de Goethe, anterior al Verbo mismo»⁴⁰. Esta palabra descontextualizada vendría a ser la palabra divina del Génesis en el momento justo de la creación. La súplica junramoniana reconoce poéticamente la diferencia entre hombre y Dios. Cantar no depende exclusivamente de la 'inteligencia' del poeta: es don divino. Pero mientras esperamos el regalo divino del silencio habremos de contentarnos con la potencia creativa que los dioses nos han legado para satisfacer nuestra necesidad de cantar: la metáfora. Consiste en la suspensión del significado cotidiano de las palabras para que se transluzca mediante ellas la nueva realidad sospechada por el poeta.

La poesía quería desvelar el ser primero de las cosas en la palabra. También la poesía se poetiza a sí misma; quiere cantar la posibilidad del cantar. Su meta más propia es decir el decir: mostrar la llegada del ser a la palabra, para lo cual requiere lo que no está en sus manos, el silencio absoluto. Si el poeta pudiera cantar el cantar, cantaría todo. Pero justo esa eclosión del ser en la palabra, origen de todo decir, es lo que no puede decir la inteligencia humana (que *mientras haya algo/que no hayas dicho tú*), condenando al poeta a no decir nada en sentido estricto (*tú nada has dicho*). Heidegger colocó aquí el límite de la poesía, del decir humano: «La palabra para la palabra -un tesoro, en verdad- sin embargo no puede ser ganada para el país del poeta»⁴¹. Lo que nunca se podrá cantar es la propia poesía, el desvelamiento del ser primario de las cosas en la palabra que acontece en todo poetizar. El poeta se encuentra abocado al silencio. Este silencio no es el mismo que hacía posible el decir originario. La poesía transcurre entre estos dos silencios: la inalcanzable y fértil nada de la que brotaría la palabra instauradora del ser, y el silencio de todo decir, negativo, al que nos arroja nuestra condición humana. Aspira

39. JIMENEZ, *Eternidades*, I.

40. JIMENEZ, *La corriente infinita*, pág. 220.

41. HEIDEGGER, «La esencia del habla», pág. 172.

al primero, pero en el intento de llegar se ve relegada al segundo. En querer 'decir' y no poder consiste la conflictiva existencia poética. Quiere decirse a ella misma, anhelo inútil porque la poesía es inefable.

Pero la poesía es ese conflicto:

Si alguien supiera definir la esencia de la poesía plenamente se acabarían el secreto y el misterio propio de ellas. Se acabaría la poesía misma. Nada de esto ha ocurrido, ni ocurrirá jamás mientras haya verdaderos poetas⁴².

Establecida la imposibilidad de que la poesía diga el originarse del ser en la palabra, Juan Ramón la destina a convertirse en guardiana de ese misterio en que ella misma consiste como origen del lenguaje. El decir poético, pues, no se manifestará en forma de definición, porque «nunca conocemos un misterio a fuerza de desvelarlo y descomponerlo, sino únicamente por resguardar el misterio en cuanto a misterio»⁴³. Hacer poesía es preservar la esencia de la propia poesía, el misterio de que

*Ninguna cosa sea donde falta la palabra*⁴⁴.

El aparecer del ser en el lenguaje es inefable: «La poesía (...) sólo puede espresarse por alusiones, por símbolos, por clarividencias, y sólo un poeta sorprendente puede intentar su espresión»⁴⁵. La ciencia domina la realidad constituyéndola como objeto puramente presente a su disposición. Como poseedora del fundamento último de lo real, la ciencia nada sabe del misterioso lazo entre el ser y palabra, ni del hombre entendido en la interpelación del ser donde yace su esencia. La poesía se poetiza a sí misma salvando su misteriosa esencia y al hombre como ser poético, como guardián del misterio.

42. JIMENEZ, *La corriente infinita*, pág. 218.

43. HEIDEGGER, «Retorno a la patria. A los parientes» en *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin*, pág. 45.

44. S. GEORGE, citado por Heidegger en «La esencia del habla», pág. 147.

45. JIMENEZ, *La corriente infinita*, pág. 317.